

CHILE: HACE YA UN AÑO

11 de septiembre de 1973. Se han cumplido trescientos sesenta y cinco días desde el sangriento golpe militar que derrocó al Presidente Salvador Allende, el líder que quiso hacer posible la transición hacia el socialismo, ajustándose a las leyes burguesas, sin revolución armada. El proceso chileno llamó la atención del mundo, como en alguna medida el papel estrictamente profesional de sus FF. AA. durante cuarenta y dos años.

El Presidente Allende confió en lo que ya era tradición de los militares chilenos, porque los movimientos militares —que los hubo desde la caída de Ibáñez, en 1931, siempre habían sido contenidos por las fuerzas políticas, y, en más de una ocasión, por las masas multitudinarias que formaban en la izquierda chilena. Todos los miembros de la Junta Militar gobernante lograron sus jefaturas en sus respectivas armas nombrados por el Presidente mártir; incluso el director general de Carabineros juró fidelidad al gobierno y a las leyes veinticuatro horas antes del golpe. No hace mucho, el general Pinochet, que se autodenominó Presidente en una comida con rotarios, declaró que la tralación se inició inmediatamente después de las elecciones parlamentarias de marzo de 1973. Esto es un hecho cierto, porque el llamado «Paro de Octubre», en 1972, agrupó a todas las fuerzas civiles de la derecha en un intento de derrocar al Presidente socialista, desde los camioneros transportistas, el comercio, las agrupaciones gremialistas de agricultores, abogados y médicos —los más furibundos— hasta los movimientos huelguísticos fomentados por la alianza Democracia Cristiana, Partido Nacional y su brazo armado, Patria y Libertad, organismo del más puro corte fascista junto a la Rolando Matos.

Triunfo popular

Posiblemente, por esos días, el movimiento que encabezaba el Presidente Allende alcanzó su mayor fuerza. Limadas las luchas ideológicas teóricas, los partidos de la UP, sus bases y todo el pueblo organizaron la marcha del país con trabajos voluntarios, gran imaginación e ingenio para improvisar un aparato distribuidor de alimentos y su transporte, atención de hospitales, con legiones de obreros y estudiantes que se hicieron cargo de las más apremiantes necesidades del país, manteniéndolo en marcha durante largos cuarenta y cinco días. Y todo eso, en medio de una ola de sabotajes y actos terroristas, que no fueron condenados por las fuerzas políticas de oposición ni por el aparato administrativo, de claros pronunciamientos burgueses.

La lucha electoral de marzo, pues, era la mayor prueba para la

Unidad Popular, y de ella salió favorecida, sea que se tome en cuenta el número de parlamentarios que obtuvo en relación a los que tenía o se atiende al número de sufragios. Allende fue elegido con el 33 por 100 de la votación nacional; en marzo de 1973, el porcentaje fue del 44,8 por 100; ganó dos senadores y seis diputados. Pese a ello, no logró mayoría en el Parlamento. Esta elección fue la señal para las fuerzas de la derecha, y se desató una verdadera campaña, azuzando a los militares para

que dieran el golpe. En las puertas de los regimientos les lanzaban maíz y trigo, calificándolos de «gallinas». El cardenal Silva Henríquez empezó a ser negado por los católicos de derecha. El general Prats renunció a la jefatura del Ejército, en carta pública, «porque no quería ser el motivo de una división entre los altos oficiales». La Marina «descubrió» que algunos suboficiales y marineros tenían ideas políticas; encarceló y torturó a más de un centenar de sus miembros.

Secuestro sangriento

El general de Aviación Leigh se presentó el miércoles 12 en la televisión chilena para declarar: «Nosotros vamos a extirpar el marxismo del país. Es la única manera de acabar con el cáncer que corroe a Chile». A la misma hora, los militares anunciaban que «los muertos no alcanzan a un centenar». Los generales Leigh, Pinochet, Arellano, Brady y otros altos oficiales han cumplido con su labor de



Bajo los periódicos, una víctima más...



Salvador Allende quiso hacer posible la transición hacia el socialismo ajustándose a la Constitución, sin revolución armada.

cirugía, con celo y perfección; los muertos pasan de 25.000, los presos, en campos de concentración, regimientos y estadios, son más de 40.000, y un número parecido de chilenos han emigrado a diversos países del mundo; varios miles, a pie, por los pasos cordilleros que unen a Chile con Argentina.

Hay que agregar a los miles de chilenos que esperan un juicio bajo las normas del Código Militar en tiempo de guerra, que declara «enemigos» a todos los militantes de los partidos de izquierda, por las actividades políticas desarrolladas «antes del 11 de septiembre», de apoyo a un gobierno ilegal. Tan peregrina teoría calificaría como «enemigos» a los miembros de la Junta, que recibieron sus entorchados de jefes del propio Allende. Por lo demás, a un distinguido jurista español, que viajó a Chile para defender a varios líderes políticos en los famosos procesos de los militares, los afectados le declararon «su estricta calidad de rehenes» que serán ejecutados al menor intento del pueblo contra la Junta.

Los cambios ministeriales que se ha visto obligado a introducir el general Pinochet obedecen al deseo de mejorar «la imagen del gobierno ante la opinión pública mun-

dial». Tal vez no exista otro gobierno que haya sufrido tantas pruebas de repudio de organismos y pueblos de todo el orbe. Tiene sus relaciones diplomáticas sin reanudar con Italia, que no ha reconocido el gobierno de facto; Colombia retiró su embajador de Santiago, marchan mal las relaciones con Argentina, Venezuela y Perú; con este país, los militares chilenos tratan de crear conflicto de la mano de la CIA para lograr aglutinar a la opinión pública chilena, apelando a un bajo nacionalismo. Los organismos internacionales de la Educación, de la Salud y del Trabajo han tomado sendos acuerdos contrarios a la Junta, lo mismo que numerosas declaraciones de miembros de la Cruz Roja Internacional. Hoy mismo, en Italia, Francia, las dos Alemanias, en Bélgica e Inglaterra se han celebrado actos de apoyo a la Resistencia Chilena. A un año de plazo, los usurpadores ven que sólo logran repudio en todos los rincones del mundo. Y que la Resistencia Chilena, por todas las latitudes, lleva en sus manos la antorcha que le ha entregado al pueblo con su sacrificio el gran líder socialista Salvador Allende.

Es el primer aniversario del «finaito», dicen en Chile las gentes humildes. ■

TANQUE GRIEGO

La fotografía que apareció en el número 622 de nuestro semanario, en la página 22, corresponde en realidad a Grecia y no a Chile. Se trata de un carro de combate griego...

La Capilla siXtina

ALLENDE, IN MEMORIAM

He repasado viejos recortes de prensa sobre el golpe chileno de 1973. Van desde las imágenes de los muertos por las calles o en las aguas del río hasta las noticias sobre torturas y vejaciones de todo tipo que recogió la prensa, principalmente la extranjera, es decir, la no chilena, la no española. Entre todas las noticias, se me pega en los dedos la que cuenta que entre un montón de cadáveres de la población obrera se extrajo el cuerpo sin vida de un hombre a cuya pierna seguía agarrado el cuerpecillo de su hijo, también muerto a balazos.

Había olvidado la noticia.

Recuerdo que cuando la recorté, las tijeras actuaban solas, con una delicadeza especial, como conscientes de que separaban del diario casi un pedazo de carne, o de espíritu, o vayan ustedes a saber. Imaginé luego varias veces la escena. ¿Qué ha de sentir un hombre acorralado que no puede evitar su propia muerte ni la de su hijo, un niño que le pide vida y esperanza tirándole de los pantalones? ¿Y el que los mata, qué siente?

En el palacio de la Moneda, un rostro enorme y un apellido enorme. En el montón del poblado obrero, un rostro pequeño, un apellido ignorado. Del heroísmo ejemplar y asumido de Allende al terror desarmado e inconsciente de un niño; y enfrente, una inmensa bestia sorda, que ni siquiera cierra los ojos para matar y vivir, como pedía el divino Ovidio.

¿Recuerdan la foto del niño del "ghetto" de Varsovia? Los alemanes cercan el barrio judío y hacen salir a sus pobladores con las manos sobre la cabeza; a todos, absolutamente a todos, hasta a un niño con gorrita, que las posa sobre ella como pájaros perdidos. Nadie ha sabido jamás cómo se llamó aquel niño, ni si su agonía fue lenta en el campo de concentración al que fue llevado o si murió pronto, casi sin haber tenido tiempo de compren-

der que moría víctima del miedo de las bestias a los ángeles (es un decir). Pero al menos, el niño del "ghetto" de Varsovia nos ha legado su rostro ovalado y posiblemente oscuro, sus facciones delicadas de niño posiblemente con ganglios, sus piernas delgadas, rectas, sus pulcros calcetines escolares, su gorrita de niño de fotografía con retícula.

El rostro del niño chileno ha desaparecido para siempre, y no creo que sea digno de lamentación. Es un cuerpo, un pequeño cuerpo al que podemos improvisarle el rostro, que podemos convertir en el símbolo perfectamente anónimo de las víctimas de la Historia, que podemos utilizar para colocarle el rostro de nuestros propios hijos o el de cualquier niño conocido al que nos parecería imposible tener asido al pantalón, mientras nos pide que le alejemos la noche oscura que brota por el agujero del fusil que se acerca. Y tal vez así, aquella víctima inocente nos sirva siempre como revulsivo frente a la barbarie.

Ya sé que es una consolación relativa, como todas las consolaciones. Pero me parece un mal pago estar simplemente triste ante el ejemplo de Allende, ante el ejemplo del niño anónimo. Prefiero estar furioso como lo estoy, prefiero estar armado, aunque sea de palabras. Porque las palabras arman las conciencias, pueden proporcionarnos el espíritu de la alerta, pueden intentar bajar fusiles, pueden intentar oponer la fuerza de la razón a la razón de la fuerza. Poder intentarlo, pueden; que lo consigan, ya es otra cosa. Porque también tiene su lección esa otra penúltima fotografía que repaso, en la que Allende inspecciona su propio palacio con un casco en la cabeza y una ametalladora en las manos... derrumbado el dique de palabras y tiempo que había tratado de construir frente a la horda. ■

SIXTO CAMARA